

los animales se ve una brizna de yerba ni una mancha; y el ambiente es tan puro, que á tener los ojos cerrados, creería cualquiera que estaba en un salon.

Los cuartos de los campesinos, las habitaciones que sirven de cabaña para hacer los quesos, los patios, los corrales, todo está limpio y brillante de un modo extraordinario.

Antes de partir para Amsterdam, dí una vuelta por el pueblo tratando de ocultar el cigarro cuando alguna mujer de las de diadema de oro me miraba desde las ventanas. Pasé por dos ó tres puentes blancos, dí algun puntapié á los barquichuelos, me detuve un poco delante de las casitas más repintadas, y luego, no viendo aparecer alma viviente ni por las calles ni en los jardines, emprendí de nuevo mi camino, solitario, montado en la cruz de los calzones, y con aquel sentimiento de tristeza que dejan en el corazon todas las grandes curiosidades satisfechas.

ZAANDAM.

La mayor parte de los extranjeros, despues de haber visitado el pueblo de Broek y la ciudad de Zaandam, parten para la Frisia y vuelven á El Haya con la persuasion de haber visto Holanda.

Yo quise, por el contrario, ir hasta la extremidad de la Holanda del Norte, pensando que en esta provincia, colocada fuera y no habitada por los extranjeros, ni recorrida por viajeros de ninguna especie, habría visto y sorprendido costumbres, usos y aspectos antiguos conservados con mayor pureza que los demás. El peligro de no ser comprendido, de caer en malos albergues, de encontrarme solo, embarazado y melancólico en pequeñas ciudades donde ni aun siquiera existe la huella de las *guías*, y que los viajeros más pacientes no hacen sino atravesar de paso, nada de esto me arrancó de mi propósito.

Una bella mañana del mes de Agosto, el diablo de los viajes, el más potente de todos los dia-

blos que invaden el alma humana, trasportó á mí y á mi maleta á un monitor que marchaba á Zaandam; me embarcó el mismo día para Alkmaar, metrópoli de los quesos, y la misma noche me dió un billete de segunda clase para Helder, el Gibraltar del Norte.

Zaandam, visto desde el golfo de la *Y*, presenta el aspecto de una fortaleza coronada de innumerables torres, de la cima de las cuales los ciudadanos piden socorro con apremiantes señales á un ejército lejano: centenares de molinos alzan su frente entre las casas y sobre los diques, á lo largo de las plazas, por toda la campiña que rodea la ciudad. Una parte de los mismos trabajan para la desecacion de las tierras, otros para el aceite de colza, utilizado en el alumbrado y en la fabricacion de los jabones, que es una de las más importantes materias de comercio en Zaandam; otros en reducir á polvo una especie de toba volcánica arrastrada por el Rhin y que sirve para componer un cemento particular en las obras hidráulicas; otros para cortar madera, otros para limpiar cebada, para moler colores, para fabricar papel, mostaza, esmalte, cuerdas, pastas, almidon. La ciudad no se ve sino pocos minutos antes de entrar en el puerto.

Es una verdadera vista escénica de baile pastoril.

La ciudad se halla construida á lo largo de

las dos orillas de un rio llamado *Zaan*, que desemboca en la *Y*, alrededor de un pequeño seno formado por la *Y* misma que le sirve de puerto. Las dos partes iguales en que está dividida la ciudad se unen por medio de un puente que se levanta para dar paso á los buques. Alrededor del puerto no hay sino pocas cascas y pocas calles; la parte principal de Zaandam se extiende á lo largo de las riberas del *Zaan*.

El barco que me conducía, se aproximó hasta tocar la orilla: bajé, me desprendí de un batallon de *ciceroni*, y en pocos minutos recorrí las calles principales.

Zaandam es un Broek grande, ménos pueril y más bello que el Broek pequenín.

Las casas son de madera, de un solo piso, con la fachada terminada en punta y casi todas pintadas de verde. Hay algunas, enteras, donde no se ve otro color, y que semejan calles de ciudad hechas de boj ú otros arbustos de verde perenne. Como en Broek, los techos se hallan vidriados, las ventanas ocultas tras de cortinas y adornadas de flores, los pavimentos enladrillados y aseados como el piso de una sala. En los cristales, en las láminas de metal de las puertas, en los objetos colocados sobre los antepechos, en todas partes, en fin, donde se mire, se ve reflejada como en un espejo nuestra propia imágen. Toda la ciudad respira un aire de alegría, de frescura y de

inocencia que enamora. Es una ciudad rica y populosa, y parece una pequeña aldea. No carece de ninguno de los rasgos peculiares y característicos de las ciudades holandesas, y contiene á la vez un no sé qué, en su aspecto, de nuevo y de exótico, que le dá una fisonomía inmensamente lejana de todas las demás.

Siendo día de fiesta, encontrábanse las principales calles llenas de gente que iba y venía de la iglesia.

La primera cosa que hirió mi vista, fué el tocado de las mujeres.

Llevan bajo un sombrero cubierto de flores, una especie de cófia formada por dos tiras que bajan por la espalda, y por entre las cuales salen de la frente y por detrás, apretados rizos de cabellos encaracolados que parecen tallos de uvas.

El círculo ó diadema de oro ó plata que oprime la cabeza y brilla á través de la clara tela de la cófia, termina en las sienes en dos láminas cuadradas del mismo metal, vueltas hácia delante con un roseton en medio. Otra lámina dorada y cincelada á manera de cinta metálica, ligada no sé cómo al círculo, atraviesa oblicuamente la frente y baja casi hasta la sien opuesta ó hasta el entrecejo, de modo que parece un pedazo de la diadema misma rota, dejado caer por descuido ó por adorno. Dos gruesas agujas, colocadas verticalmente en las extremidades del frontal, se levantan

tan como dos cuernos sobre los dos rizos de la frente. Otros dos larguísimos pendientes cuelgan de las orejas, y el cuello se adorna con varias vueltas de collares; el seno se adorna con peto de tembleques de metal y cadenillas, como vitrina de joyero. Todas las mujeres, con ligeras variantes, usan tocado y alhajas análogas; y todas son blancas, encarnadas, vestidas con igual pésimo gusto; de modo que un extranjero no sabe distinguir entre la aldeana y la señora. No se puede decir ciertamente que aquel tocado y aquella superabundancia de adornos sea bella y elegante; pero sin embargo, aquellas mejillas blancas en medio de la tela y del oro, aquella mezcla de adornos de príncipe y de campesino, de opulencia y de grotesco, de pomposo y de ingénuo, tiene una gracia peculiar que se armoniza admirablemente con el aire de la ciudad, si así puede decirse, y que acaba por agradar y satisfacer. Hasta las niñas usan su diadema y sus bandas en la cabeza.

Los hombres se visten, por lo general, de negro. Y niñas, hombres, muchachas, mujeres, jóvenes, viejos, todos presentan un aspecto de gente contenta, un algo de primitivo, virginal y nuevo, que hace parecer extraño que sea aquella poblacion, poblacion europea de nuestro tiempo; algo que hace pensar que nos hallamos en otro continente y en otra civilizacion; algo que nos trasporta á un país donde la riqueza florece sin

trabajo, la vida discurre sin pasiones, la sociedad se rige y remueve sin tristezas y sin sacudidas, y en donde nadie desea otro bien sino la paz.

Y si mientras se piensa en esto el reloj del campanario vecino entona con sus argentinas notas una vieja cancion nacional, entonces la ilusion es completa, y se querría conducir á Zaandam la familia y los amigos, y acabar en una de aquellas casitas verdes nuestros dias, tranquilos y sosegados.

Pero si toda esta felicidad no es una gran ilusion, es un hecho, sin embargo, que Zaandam es una de las más felices ciudades de Holanda, y que en muchas de aquellas verdes casitas moran constructores de navíos, millonarios, y que no hay familia sin pan ni muchacho sin maestro.

Además de esto, Zaandam posee lo que Napoleon I llamó "el más bello monumento de Holanda," esto es, la tienda de Pedro el Grande, en honor del cual la ciudad se ha llamado por mucho tiempo, y todavía se llama, Czardam ó Tsardam.

Una escuadra de *ciceroni* susurra el nombre de esta famosa tienda al oido de todos los extranjeros que llegan á Zaandam, y puede decirse que ella es el fin único, y el solo objetivo de todos cuantos van á visitar la ciudad.

Cuándo y por qué el Gran Emperador fué á vivir en aquel taller, es de todos conocido. Despues de haber vencido á los tártaros y á los tur-

cos y haber entrado triunfalmente en Moscow, el jóven Czar quiso viajar por los principales Estados de Europa para estudiar las artes y las industrias.

Acompañado por tres embajadores, cuatro secretarios, doce gentiles-hombres, cincuenta guardias y un enano, partió en Abril de 1697 de sus Estados, atravesó la Livonia, pasó por la Prusia brandenburguesa, por la Pomerania, por Berlin y Westfalia, y llegó á Amsterdam quince dias antes que su séquito. En esta ciudad, desconocido de todo el mundo, pasó algun tiempo en los arsenales del almirantazgo, y luego, para aprender con sus propios ojos y sus propias manos el arte de construir naves, en el cual los holandeses á la sazón eran los primeros maestros, se vistió de marinero estableciéndose en Zaandam, residencia de los mejores arsenales. Aquí vivió bajo el nombre de Pedro Migueloff, en el arsenal de un tal Mynheer Calf, inscribiéndose en el número de los obreros, y trabajando como carpintero, herrero y cordelero, todo el tiempo que duró su estancia en Zaandam. Su traje no se diferenciaba del de los demás, ni su alimentacion diferia de la usual.

Durmió con sus compañeros de trabajo, en una casucha de madera, que es precisamente la que antes citamos. No se sabe á punto fijo el tiempo que vivió en Zaandam; hay quien dice que algunos meses, y otros sostienen que aburri-

do de la curiosidad de los habitantes, se marchó despues de una semana. Lo que se sabe positivamente, es que vuelto á Amsterdam, concluyó con sus propias manos un barco de la Compañía de las Indias, de sesenta cañones. Estudió matemáticas allí, física, geografía, anatomía, pintura, y dejó la ciudad en Enero de 1698, para trasladarse á Londres.

La famosa cabaña se encuentra en un extremo del pueblo, á campo raso, y se halla hoy como encajonada en un pequeño edificio de fábrica que la Reina de Holanda, Ana Paulowna, rusa de nacimiento, hizo construir para defenderla de la intemperie y perpetuarla. Es una verdadera casucha de pescadores, de madera toda ella, compuesta de dos pequeños compartimentos; y de tal suerte se halla desvencijada y ruinoso, que si no fuera por los puntales y restauraciones del edificio que la circunda, ya se habria venido á tierra con el menor soplo de viento que la hubiera combatido.

En una de las habitaciones se ven tres banquillos y una larga mesa, una cama en su armario correspondiente y una gran chimenea de la antigua figura flamenca; en la segunda habitacion hay dos grandes retratos, uno de Pedro el Grande, vestido de obrero, y otro de la Emperatriz Catalina. En el techo están extendidas las banderas rusa y holandesa. La mesa, las paredes, las

ventanas, las puertas, se hallan cubiertas de nombres, versos y sentencias, inscripciones en todas las lenguas del mundo. Tambien se ve una gran lápida de mármol sobre la cual está escrito: *Petro Magno Alexander*, mandada poner por el Emperador Alejandro de Rusia en memoria de su visita en 1814. Otra lápida conmemora la visita hecha por el á la sazón, Príncipe heredero, en 1839, y debajo una estrofa de un poeta ruso que dice: *Sobre esta humilde morada baten sus alas los ángeles santos. ¡Isarevitch, inclínate! ¡Aquí está la cuna del Imperio: aquí nació la grandeza de la Rusia!*—Otras inscripciones recuerdan visitas de Reyes y de Príncipes en cuyas piedras se leen otras poesías y sobre todo inscripciones rusas que expresan el entusiasmo y la alegría de la gente llegada á la meta de una sagrada peregrinacion. Una de estas inscripciones recuerda que desde aquella casucha de madera el carpintero Pedro Migueloff dirigía los movimientos del ejército moscovita que combatía contra los turcos en Ucrania.

Al salir de allí pensaba yo que si el dia más glorioso de la vida de Pedro el Grande fué aquel en que durmió bajo aquel techo despues de haber trabajado con sus propios brazos por primera vez en su existencia, tambien el más feliz debió ser aquel en que despues de diez y ocho años volvía en el colmo de su poderío y de su gloria para

mostrar á Catalina el lugar donde haciendo de operario habia aprendido á hacer de Emperador. Los habitantes de Zaandam recuerdan este dia con orgullo y hablan de él como de un acontecimiento del cual hubieran sido testigos. La Czarina se habia quedado en Vesel para dar á luz; el Czar llegó solo á Zaandam. El lector puede imaginar con qué alegría y con qué vanidad lo recibirían aquellos comerciantes, aquellos marineros, aquellos carpinteros que lo tuvieron por camarada diez y ocho años antes. Para el mundo, él era el vencedor de Pultava, el fundador de San Petersburgo, el civilizador de Rusia; mas para ellos, era *Peterbas*, el maestro Pedro, como lo llamaban familiarmente cuando trabajaban juntos; era un hijo de Zaandam, que habia llegado á ser Emperador; era un viejo amigo que volvía á los brazos de los amigos antiguos.

Diez dias despues de dar á luz la Czarina, visitó la cabaña. Emperador y Emperatriz, sin séquito, sin pompa, fueron á almorzar á casa de Mynheer Calf, el constructor de buques, que recibió en su arsenal al jóven obrero coronado; el pueblo los acompañó gritando: „¡Viva el maestro Pedro!“ y el maestro Pedro, el exterminador de los ejércitos, el que condenó á su propio hijo, el Príncipe formidable, lloró.

Para ir á Alkmaar, me embarqué en un correo que debia subir el Zaan hasta el canal del

Norte, y así conseguí ver el Oost Zaandam y el West Zaandam, ó sea toda la parte de la ciudad que se extiende por espacio casi de tres millas á lo largo de las dos orillas del rio.

Es un espectáculo que vence á Broek cien veces.

Todo el mundo se acuerda de los primeros paisajes que se pintan de niño, cuando el padre ó el tio nos regalan la caja de pintura, suspirada por espacio de tanto tiempo. Por lo general, se desea pintar un lugar delicioso, como aquellos que se sueñan en la escuela, durante las últimas lecciones de latin, hácia fines del mes de Mayo. Para hacer este lugar verdaderamente delicioso, nos esforzamos porque entren en reducido espacio una casa de campo, un jardin, un lago, un bosque, un prado, un huerto, un rio, un puente, una gruta, una cascada, todo muy próximo lo uno á lo otro, muy apretado y colocado sucesivamente; y para que no falte absolutamente nada al ojo que mira, se pinta cada cosa con colores vivísimos de la caja, y se hacen bellos contornos vistosos, y cuando se ha acabado presa del temor de no haber aprovechado bien todo el espacio, se fija todavía una casita aquí, un árbol allí, una cabaña allá, hasta que no siendo ya posible hacer entrar en el paisaje ni una hoja de yerba, ni una piedra, ni una flor, se deja el pincel, satisfechos de la propia obra, y corremos á enseñar el cuadro á la criada,

la cual junta las manos en actitud de admiración, y exclama que es un verdadero paraíso terrenal.

Y bien; Zaandam, visto desde el río, es precisamente uno de estos paisajes.

Constituyen á este país casitas verdes, cuyas techumbres suelen ser encarnadas, y kioscos verdes, también coronados por banderitas de todos colores ó por bolas de madera de diferente color y tamaño clavadas en una barra de hierro; torrecillas rematadas por balaustres y pabellones; edificios de forma de temples; barracas de estructura jamás vista, caprichosamente superpuestas y estrechadas las unas contra las otras, que parece se disputan el terreno; una arquitectura de pliegues apretados, todo vanidad y todo escenografía. En medio de estos edificios, callejas por las cuales apenas cabe una persona, plazuelas angostas como habitaciones, patios poco mayores que una mesa, canales donde no puede nadar un ganso, y delante, entre las casas y las orillas del río, jardincillos de muchachos, llenos de cabañas, de casitas para las gallinas, de pequeños enrejados, de molinos de viento, diminutos, y de sauces llorones; y delante de estos jardines, sobre la ribera, pequeños puertos llenos de pequeñas barcas verdes, atadas á pequeños pontones verdes también.

En medio de este carnaval de jardines y tiendas de campaña, se levantan por todas partes grandes molinos que voltean sus brazos á gran al-

tura, también pintados de verde con listas blancas, ó blancos con listas verdes, con las velas de color, como banderas, y los brazos también á franjas, como astas de gallardetes y estandartes, y cuyo cubo central de la rueda también presenta un aspecto dorado con adornos de colores. Más allá se dibujan sobre el fondo, los campanarios verdes y las torres barnizadas desde los cimientos hasta su terminación ó iglesias que semejan teatros de feria, repintadas con todos los colores del arcoiris. Y lo más extraño de todo, es que los edificios que empiezan á la entrada del río, por ser grandes, van achicándose á medida que se avanza, como si la población estuviese distribuida por órden de estatura, llegando á reducirse las casas al tamaño de garitas de centinela, de cosas y escondites que remedan salientes indicios de una ciudad subterránea. Es una arquitectura minúscula que se encuentra ahí, á los diez pasos, y produce el efecto de estar muy lejos: es un esqueleto de ciudad, ó mejor dicho, una ciudad no salida á luz todavía, sino encerrada en el claustro materno, donde los niños parecen colosos y los gatos saltan desde la calle á los tejados de las casas; y todavía allí hay jardines que se llenan con una sola silla, kioscos donde no cabe más que una persona, pabellones del tamaño de una sombrilla, y pequeñas escaleras, y pequeños molinos de viento, y banderas, y flores, y colores.

¿Pero es acaso cierto que los hombres han hecho todo esto? se pregunta uno delante de aquel espectáculo.—¿Es una ciudad de verdad, ó lo será cuando crezca el año que viene?—¿Habrá sido fabricada para una fiesta, y la semana próxima se desbaratará como las tiendas de una feria é irá empacuetada á los almacenes de Amsterdam?..

¡Ah, qué bromistas son los holandeses!

ALKMAAR.

El barco, despues de pasar Zaandam, se deslizó todavía largo trecho en medio de dos filas no interrumpidas de molinos de viento, tocó en algunos pueblos, y volvió en el canal de Marker-Vaart, atravesó el lago de Alkmaar y entró, por último, en el gran canal del Norte.

No conseguiría jamás expresar, por mucho que me esforzase, el sentimiento de soledad moral, de alejamiento, y estoy por decir de extravío, que experimenté solo, en medio de una multitud de aldeanas, coronadas con sus diademas, como reinas, é inmóviles como ídolos, que iban conmigo en el piróscapo, deslizándonos rápidamente con la tranquilidad de la góndola, que cruza en la llanura indefinida y uniforme de la inmóvil superficie de las aguas bajo aquel cielo melancólico.

En ciertos momentos me preguntaba á mí mismo de qué manera me encontraba allí, á dónde iría á parar, cuándo volvería á mi pátria. Y